

Javier Tomeo o la jaula del Hombre Omega

Ignacio Padilla

Por culpa de las palomas dejé de leer a Patrick Süskind; y gracias a ellas comencé a leer las novelas del aragonés Javier Tomeo. Curiosamente, ambas cosas ocurrieron a un tiempo. La versión en castellano de *La paloma*, de Süskind, se publicó escasos meses antes de *La ciudad de las palomas*, sexta novela de Tomeo. La primera resultó ser un claro ejemplo de la decadencia de un autor que, incapaz de sustentar por más tiempo la fama que le había inflado un buen dispositivo editorial, adoptaba sin éxito los cánones de la novela centroeuropea que desde entonces estaba de moda.

La novela de Javier Tomeo, en cambio, resultó ser un trabajo mucho más brillante y honesto. Como Süskind, había adoptado la figura de la paloma ya no como símbolo de la paz, sino de la destrucción; pero su aliento kafkiano carecía de la afectación del otro, reunía con éxito el abierto humor latino y la corrosiva ironía de maestros como Hrabal y el propio Kafka. Teodoro, el nuevo Gregorio Samsa de Javier Tomeo, despertaba asimismo para descubrir que se había quedado solo en el mundo, en una ciudad donde habría de entablar una lucha a muerte con un ejército de palomas. A la sazón, estas aves se convertirían en verdugos y, a la vez, en salvavidas de Teodoro, el Hombre Omega en busca de motivos.

La obra de Tomeo consta de diez libros

escritos al vapor y traducidos al inglés, al francés, al alemán y al holandés. Su segunda novela, *El castillo de la carta cifrada*, lo consagró como un magnífico perturbador de conciencias, fotógrafo de la soledad finisecular del hombre occidental; y la tercera, *Amado monstruo*, merecía, según muchos, el Premio Herralde de Novela, en el que tuvo que conformarse con una mención honorífica. Estas dos novelas son quizá la mejor muestra de su narrativa. *El castillo de la carta cifrada* fue escrita en ese tono de instructivo que tanto caracteriza a su autor: un marqués ordena a su criado Bautista le entregue una misiva a su enemigo y le indica meticulosamente cada una de las actitudes y acciones que debe seguir una vez cumplida dicha entrega. En este larguísimo discurso, nunca interrumpido, el marqués habla más consigo mismo que con su sirviente; se denuncia, se contradice, expresa los diversos signos de la soledad del poder. De manera similar, *Amado monstruo* disfraza de diálogo el monólogo de Antonio, el protagonista, quien revela sus instintos matricidas en una entrevista de trabajo.

Todos y cada uno de los personajes de Javier Tomeo son como el marqués y Antonio: solitarios conversadores que inconscientemente se desnudan por medio de la palabra. Este escritor ha desarrollado como pocos uno de los estilos más adecuados en nuestro siglo: el monólogo dialógico. Ciertamente que este término resulta monstruoso, grotesco en cuanto a contradictorio. No obstante, define con claridad la tendencia de los solitarios a conversar hacia adentro. En *El cazador de leones* un mitómano seduce telefónicamente a una solterona y, hablando sin parar, reconoce su patología; en *La ciudad de las palomas*, Teodoro divide su pensamiento en un Yo reflexivo que le da instrucciones a un Yo activo para deshacerse del ejército de palomas.

El otro elemento indispensable en el encanto de Javier Tomeo se encuentra, claro está, en el absurdo. Para orillar a sus personajes al citado exhibicionismo, es precisa la situación límite (convertir a Samsa en insecto). Así, el narrador de *Preparativos de viaje*, un mediocre vendedor de muebles, debe introducir su mercancía a un país que no exis-

te, Benujistán; y Bautista debe entregar una carta insultante a un maniático. Lo insólito es, pues, la anécdota y el resto, el humor, la psicología y la soledad, tienen que salir por sí solos hasta conformar las pequeñas joyas literarias que son los libritos de Tomeo.

Hablar del Tomeo cuentista es otra historia. En fechas recientes, el aragonés se ha dado a publicar la escoria de su quehacer literario. Primero, publicó un par de cuentos en sendas antologías de este género: *Cuentos eróticos* y *Cuentos de terror*. En ninguno de estos casos Tomeo se graduó como cuentista. Por el contrario, demostró su incapacidad para sostener la anécdota en los espacios breves y, sobre todo, para reconstruir su humor en los campos del erotismo y el miedo. Poco después, Javier Tomeo tuvo el desacierto de escribir las diecisiete historias que constituyen su libro *Problemas oculares*, pobres metáforas de la miopía que se repiten y casi nunca alcanzan la armonía: los miopes de Tomeo juegan al pastelazo y caen en la simbología fácil de la realidad atrofiada.

Recientemente, los periódicos españoles dieron cuenta de una noticia tranquilizante; Tomeo ha vuelto al campo de la novela. Experto en derecho y criminología, Tomeo parece haber reconocido su incapacidad cuentística y ha decidido escribir la novela policiaca que siempre deseó publicar. Como lector de sus magníficas historias me atrevo a pensar que esta nueva novela será tan brillante como las anteriores; pero siempre existe el recelo, la preocupación de que ese lapso fallido del cuento en un escritor que ha alcanzado la fama internacional, haya puesto en él la misma semilla del fracaso que hizo de Patrick Süskind un escritor mediocre. ◇

